
Capítulo XCII.

Historia del cacique de Taxictlan.

El cacique que anteriormente habia mandado en Taxictlan estaba casado con una india jóven y hermosa, llamada Chumbelia.

De su matrimonio no habian tenido hijos.

El cacique era muy avaro, y temia que á la muerte de su esposa sus parientes le reclamarian los cuantiosos bienes que poseia esta.

Queriendo asegurar la posesion de una fortuna que de un momento á otro podria escapársele, trató de deshacerse de Chumbelia, y con desprecios al principio y con malos tratamientos despues, consiguió que su salud se debilitase.

Niucholutzco, que adoraba en silencio á la bella india, sufría lo que no es decible al saber lo desgra-

HERNAN CORTÉS.

627

ciada que era con aquel mónstruo; pero no se atrevia á abogar en su favor por temor de despertar sospechas en el inhumano esposo.

Procuraba, sin embargo, acercase siempre que podia á la desventurada india, y en sus miradas le revelaba la parte que tomaba en sus penas y el ferviente deseo que tenia de hacer que cesasen.

Ella parecia comprender aquellas indicaciones, y por el mismo medio le manifestaba su gratitud.

Así trascurrieron algunos meses, sin que el feroz cacique se apercibiese de aquel mudo lenguaje; pero no faltó quien le dijera que habia inteligencia entre su esposa y Nincholutzco.

Un dia corrió la noticia de que excitado por los celos habia dado muerte á su esposa, y que como escarmiento para las adúlteras conservaba en su palacio la cabeza de la víctima, que exhibia á todo el mundo.

Nincholutzco comprendió que aquello seria un ardid para obligar á la india á que cediese sus bienes á su esposo, y para cerciorarse de una sospecha que habia cruzado por su mente, acudió á ver la ensangrentada cabeza.

Reconoció desde luego que los pendientes y adornos que tenia en las orejas y narices eran efectivamente los que usaba Chumbelia, pero á pesar de lo desfiguradas que estaban sus facciones por efecto de los golpes, notó que aquella cabeza no pertenecia á su amada.

Desde aquel dia consagró toda su atencion á des-

cubrir el misterio que encerraba la conducta del cacique, y lo primero que hizo fué comprar la fidelidad de uno de sus servidores de más confianza.

Por él supo que Chumbelia no habia muerto, que estaba encerrada en una gruta, que de sol á sol la llevaba exiguos alimentos, que cada dia iba disminuyendo la cantidad de estos, y que la amenazaba con condenarla á perecer de hambre si no le hacia donacion de todos sus bienes.

Sin perder tiempo acudió á un teocali, hizo como que consultaba á los dioses, y al salir, prorumpiendo en grandes exclamaciones:

—Chumbelia no ha muerto,—decia;—los dioses me han indicado el paraje donde se encuentra. Que me sigan los que den crédito á mis palabras; yo me comprometo solemnemente á entregar mi cabeza si no resulta cierto lo que digo.

El cariño que habia despertado en todos la bondad de la desgraciada esposa, les impulsó á seguir á su libertador, y no tardaron en llegar á la gruta.

Un grito de dolor se escapó de todos los lábios al contemplar el triste estado en que se hallaba la prisionera.

Su demacrado semblante anunciaba una muerte próxima.

Los perniciosos efectos de la calentura famélica se revelaban en todo su sér.

Sus manos estaban ensangrentadas.

En su desesperacion habia arrancado piedras de las que formaban la gruta, y sus ojos espantados con-

servaban esa fijeza que hiela la sangre de cuantos ven á los que se hallan en semejante estado.

La indignacion que produjo en todos aquel horrendo espectáculo, se tradujo en un: ¡Muera el cacique!

Se dirigieron precipitadamente á palacio, se apoderaron de él, y despues de oir de sus lábios la confesion de su crimen, fué conducido al teocali y entregado á los sacerdotes para ser sacrificado en aras de los dioses.

Chumbelia fué trasladada á su morada, y á fuerza de cuidados recobró las fuerzas perdidas.

Nincholutzco no se separó un instante del lecho de su amada durante la enfermedad.

Todos los tlaxietlanecas hacian votos por que Chumbelia pagase el servicio que le habian hecho Nincholutzco enlazándose con él.

Como nuestros leciores comprenden, así sucedió.

Restablecida completamente la enferma, dió su mano á su generoso salvador, y aquel fausto acontecimiento borró la mala impresion que el crimen del desnaturalizado esposo habia producido en todos los habitantes.

De este modo consiguió ser nombrado cacique el amante de Chumbelia.

—Pero hasta ahora,—exclamo Quetlahuaca, que habia oido con grande interés la relacion de Guacollando,—nada me habeis dicho de mi prometida.

—Escuchad hasta el fin. De su matrimonio tuvieron Nincholutzco y Chumbelia una hermosa niña, que

hoy podrá tener unos veinte años. Inhijambia, que así se llamaba, ha heredado de su padre la energía, el talento, la decisión, y de su madre la dulzura, el cariño, el amor.

Su madre ha muerto hace dos años, y desde entonces su cariñoso padre ha imbuido en su corazón sus más saludables máximas.

Si estas condiciones son apreciables á vuestros ojos, si creéis en la sinceridad de nuestras palabras al aconsejaros deis la preferencia á Inhijambia, dad vuestras órdenes para que salga una embajada á conferenciar con su padre, y para que si consiente en esa unión, que tan honrosa es para su familia, y su hija es gustosa, como no dudamos, la acompañen á vuestra presencia.

Quetlahuca, comprendiendo la razón que inspiraba tan juiciosas proposiciones, dió las órdenes oportunas para la salida de los embajadores.

Eligió para este cometido á personas muy principales.

Les dió las instrucciones convenientes, y cuando todo estaba dispuesto, partieron los embajadores á cumplir la importante misión que se les había confiado.

Capítulo XCIII.

Negociaciones matrimoniales.

La embajada se presentó con toda solemnidad en Taxictlan.

Nincholutzco, al saber que llegaba de parte del emperador de Méjico, se apresuró á recibirla.

—Tenemos el honor de participaros, poderoso cacique,—dijo el más anciano de los embajadores,—que el gran Quetlahuaca, príncipe de Iztacpalapa y soberano de Méjico, nos envia para haceros una proposición que de seguro ha de agradaros.

—Hablad; yo prometo acceder desde luego á ella, siempre que no atente á amenguar la independencia con que aquí vivimos.

—Al contrario, lejos de atentar á vuestra independencia, trata de estrechar las relaciones amistosas que

con él os unen, y confía en que no vacilareis en acceder á sus deseos.

—Explicaos.

—Altas razones de estado, consideraciones que más tarde sabreis, han decidido á nuestro monarca á elegir esposa. Las razones que han expuesto los teopixques á favor de vuestra hija Inhijambia, la fama de su virtud y su hermosura, han hecho que sea la preferida, y venimos á participaros esta noticia con la esperanza de que concedereis la mano de la jóven al esclarecido soberano que aquí nos envía.

—Me creo muy honrado con esa predileccion del emperador de Méjico, y podeis asegurarle que mi mayor placer será verle enlazado con mi hija.

Voy, si me lo permitís á mandar que la avisen para que oigais de sus lábios su opinion, que desde luego confío en que ha de ser favorable á la mision que aquí habeis venido á desempeñar.

Los embajadores hicieron una señal afirmativa.

—Decid á mi hija que la espero, que se presente inmediatamente.

Un instante despues acu dió Inhijambia.

—¿Qué me quereis? —preguntó al autor de sus dias.

—Hija mia, —contestó este, —hace tiempo que me preocupaba tu porvenir. Repetidas veces habia dedido á los dioses que te deparasen un compañero querido que te defendiera de las grandes tempestades de la vida.

Yo camino ya al ocaso, la nieve empieza á blan-

quear mi cabeza, y la idea de dejarte sola en el mundo, sin tener quien guie tus pasos, quien te ayude á combatir el huracan de las pasiones, me robaba el sueño, y á medida que ibas creciendo, á medida que se iban desarrollando tus encantos, mi intranquilidad era mayor. Felizmente, compadecidos los dioses de mis martirios, queriendo premiar en tí la virtud de tu desgraciada madre, en tí, que eres en todo reflejo de mi querida compañera, me han deparado la dicha de que pueda ofrecerte un esposo que hará tu felicidad y que al mismo tiempo honrará á nuestro linaje por la esclarecida estirpe á que pertenece.

Inhijambia escuchaba atónita á su padre.

Despues de una breve pausa prosiguió este:

—Sí, hija mia; Quetlahuaca, príncipe de Iztacpala y poderoso emperador de Méjico, ha enviado la embajada que aquí ves para pedirme tu mano.

Yo no sé cómo agradecer el honor que nos hace con tan inmerecida predileccion, y yo la he aceptado contando con tu beneplácito.

—Vuestra voluntad es la mia, y agradezco á los dioses que me hayan proporcionado esta ocasion de manifestaros una vez más el cariño que os profeso, lo sumisa que estoy siempre á acatar todas vuestras indicaciones.

—Digna hija eres de la que te dió la vida.

La verdad es que si Inhijambia se habia prestado á segundar los propósitos de su padre, era, más que por el deseo de obedecerle, porque comprendia que aquel enlace podia facilitarla el medio de realizar

una idea que hacia tiempo no se separaba de su mente.

Habia conocido á Guatimozin, se habia enamorado de él muy niña aún, y al saber que no correspondia á su cariño. y posteriormente que habia unido su suerte á la de Guacalcinla, ansiaba por momentos la ocasion de vengarse.

Dando su mano al soberano de Méjico, seria un vasallo suyo el desagradecido amante, y podria fácilmente hacerle sentir el peso de su venganza.

Todas estas ideas cruzaron por la imaginacion de la india con la rapidez del relámpago, y por esta razon se apresuró á aceptar las proposiciones que llevaban los embajadores de Quetlahuaca.

Pero la verdad es que lo que creia Inhijambia deseo de venganza, era el amor, no extinguido aún en su corazon, que profesaba á Guatimozin.

Los emisarios que asistian á aquella escena no se cansaban de contemplar la radiante belleza de la jóven india.

En efecto, no cabe imaginar nada más bello, nada más tranquilo, nada más angelical que su mirada.

La delicadeza de su cútis era extremada, y á no ser por el color de ébano, cualquiera hubiera creido, al ver la correccion de su figura, que se hallaba en presencia de una europea.

La redondez de sus formas, lo torneado de su garganta, daba nuevo realce á su conjunto y coronaba dignamente los muchos encantos que atesoraba.

Cuando terminó el diálogo que se entabló entre padre é hija, dijeron á los embajadores:

—Grande es nuestra complacencia al poder anunciar á nuestro monarca que accede gustosa vuestra bellísima hija á las proposiciones que hemos tenido el honor de haceros.

—Manifestadle en mi nombre,—se apresuró á decir Inhijambia,—que este es para mí el dia más venturoso de mi vida, que mi único anhelo es y será hacerle participar de la felicidad que experimento, y añadid que todos mis desvelos, todos mis cuidados, se dirigirán á hacerle comprender que soy digna de la singular merced que me otorga.

Nincholutzco estrechó cariñosamente en sus brazos á su hija, y en tanto que los embajadores despachaban un correo para anunciar á su soberano el feliz resultado de su embajada cerca del cacique de Taxictlan, este daba las órdenes para alojarlos dignamente y para preparar un banquete al que debian asistir aquellos altos funcionarios, como fiel expresion de su gratitud al soberano de Méjico por el imponderable honor que le concedia al casarse con su querida hija.

Capítulo XCIV.

Ceremonias nupciales.

La noticia del próximo casamiento del monarca circuló con asombrosa rapidez por Méjico, y como en semejantes casos se celebran suntuosas fiestas, todos deseaban llegase el momento para entregarse al regocijo general.

El opulento Quetlahuaca mandó hacer los preparativos necesarios para que el recibimiento que se tributase á Inhijambia fuese digno de ella.

Casi al mismo tiempo se preparaba en Taxictlan la comitiva que habia de acompañar á la novia.

Cuando llegó el instante de partir, rompian la marcha unos veinte indios, adornados con penachos de plumas de vistosos colores.

Llevaban en el pecho unas piezas redondas de oro que colgaban de su cuello, y con caracoles de dife-

rentes colores formaban caprichosas sargas que rodeaban á las piernas y brazos.

Seguian despues doce navorias (1) perfectamente adornados tambien, y dos de ellos conducian pendiente de un bambú una preciosa hamaca de henequen (2) en la que iba la prometida del emperador de Méjico.

Seguian los servidores de la india engalanadas con vistosas taquiras (3), formadas de cuentas blancas, encarnadas y negras combinadas con canutos de oro y cuentas del mismo metal.

En las orejas y en las narices llevaban zarcillos de oro.

Inhijambia lucia idénticos adornos, aunque más magníficos, y tambien cubrian vistosas taquiras los tobillos y las muñecas.

El viaje se hizo con toda felicidad, y al presentarse en Méjico salieron á recibirla los altos dignatarios del imperio.

Quetlauaca no pudo asistir á aquella solemne ceremonia.

En el momento en que se disponia á salir de su palacio se presentó Litzajaya.

Al verla dió un salto como si hubiera sentido la picadura de un aspid.

(1) Es un indio, que aunque no es esclavo, está obligado á la servidumbre.

(2) Hojas de una planta parecida á la espadaña.

(3) Daban este nombre á una especie de pulseras que sujetaban con un broche.

—¿Por qué temes?—le dijo la india.

El príncipe de Iztacpalapa nada contestó.

—Tu silencio me demuestra claramente que conoces lo inicuo de tu conducta. ¿Te disponías á salir al encuentro de tu prometida? Yo te aseguro que no irás.

—¿Qué intentas?—exclamó Quetlahuaca, sobrecegado al ver la actitud de la india y sin atreverse á sostener las furibundas miradas que le dirigía.

—Tranquilízate; sólo quiero que escuches mis quejas, que te convenzas de lo indignamente que correspondes á mi cariño, que veas lo mal que pagas los sacrificios que por tí he hecho.

Litzajaya descansó algunos momentos, porque la vehemencia con que hablaba agotaba sus fuerzas.

—Pero considera que mi tardanza en acudir...

—No tengas cuidado,—dijo Litzajaya, interrumpiéndole;—tu hermosa prometida te indemnizará más tarde con sus caricias de los tormentos que te causa la impaciencia.

—Pero déjame al ménos que avise, que me excuse de asistir.

—Sí; pero sin salir de aquí.

Quetlahuaca llamó á uno de sus ministros.

Le dijo que se hallaba indispuerto, que recibiese en su nombre á su prometida, y que excusase su asistencia por esta causa.

—¿Has olvidado tan pronto, hombre infame, hombre villano, hombre desleal,—continuó Litzajaya,—los juramentos que me hiciste? ¿Acaso para tí nada

vale una palabra empeñada? ¿No dijistes que si yo lo graba detener en su camino á los españoles te casarías conmigo? Si he cumplido ó no mis compromisos, tú lo sabes: las últimas pérdidas que han tenido los extranjeros podrán decirlo también. Y cuando confiaba en obtener el premio prometido, vas á casarte con una mujer á quien tal vez no conoces, que ningún sacrificio habrá hecho para obtener tu amor!

Se notaba en Litzajaya que una fiebre abrasadora la devoraba.

Su rostro se inchaba por momentos, y su sangre hervía, produciéndole una picazon insufrible.

—Me siento muy mal,—dijo de pronto;—aunque como sabes, conozco todas las enfermedades, no puedo explicarme la que me aqueja en estos instantes. En el país de donde vengo he visto parecer á muchos, víctimas de ella. Todos mis esfuerzos han sido inútiles para combatirla... Voy á pedirte tal vez el último favor... Compadécete de mí, dispon que me trasladen al lecho, y ocúltame en tu palacio hasta que me restablezca.

Quetlahuaca, conmovido ante la triste situación en que se hallaba la india, accedió á lo que pedía.

Mandó llamar á uno de los sábios que se dedicaban al arte de curar las enfermedades, y calificó de incurable la de Litzajaya, añadiendo que viviría breves días.

Quetlahuaca, impaciente por conocer á su novia, cuya belleza habían elogiado cuantos la habían visto, corrió á su encuentro.

Inhijambia, ocultando los sentimientos que ocultaba en el fondo de su alma, le manifesté desde el primer momento un amor tierno, mezclado con una humildad y un candor que fascinaba al monarca.

Este la dirigía devoradoras miradas, porque su extraordinaria hermosura era superior á la de cuantas mujeres habia visto.

El amor que le inspiraba Inhijambia le hizo apresurar los preparativos de la boda.

Como hemos dicho en otro lugar, estas ceremonias se parecían mucho á las que celebramos los europeos.

Presentábanse los contrayentes en el teocali, y uno de los sacerdotes, despues de dirigirles preguntas, en las que ratificaban su voluntad de contraer aquel lazo, tomaba con una mano el velo de la mujer y con la otra el manto del marido, y hacia un nudo con los extremos.

De este modo volvian á su casa acompañados del sacerdote, y allí daban siete vueltas, segun disponia el ritual.

Este último detalle era indispensable para que el matrimonio fuera valedero.

Para parecerse en todo á nosotros, otorgaba el marido instrumento público á favor de su mujer respecto á los bienes que le traia en dote, y sus leyes ordenaban, como las nuestras, que los restituyese á sus parientes en caso de fallecer aquella sin dejar sucesion.

Las bodas se celebraron con gran solemnidad.

Los novios comieron en público acompañados de todos los altos dignatarios de la córte, y durante el festin los bufones lucieron su ingenio, y las músicas dieron más brillo á la fiesta.

Hubo danzas y torneos en la ciudad, y durante tres dias se suspendieron todos los trabajos, se cerraron los tribunales, y hasta en el templo no se sacrificó víctima alguna.

Los esposos, que presidieron aquellos festejos, regresaron al palacio, y allí tuvo lugar una escena, á la que vamos á asistir en el próximo capítulo.